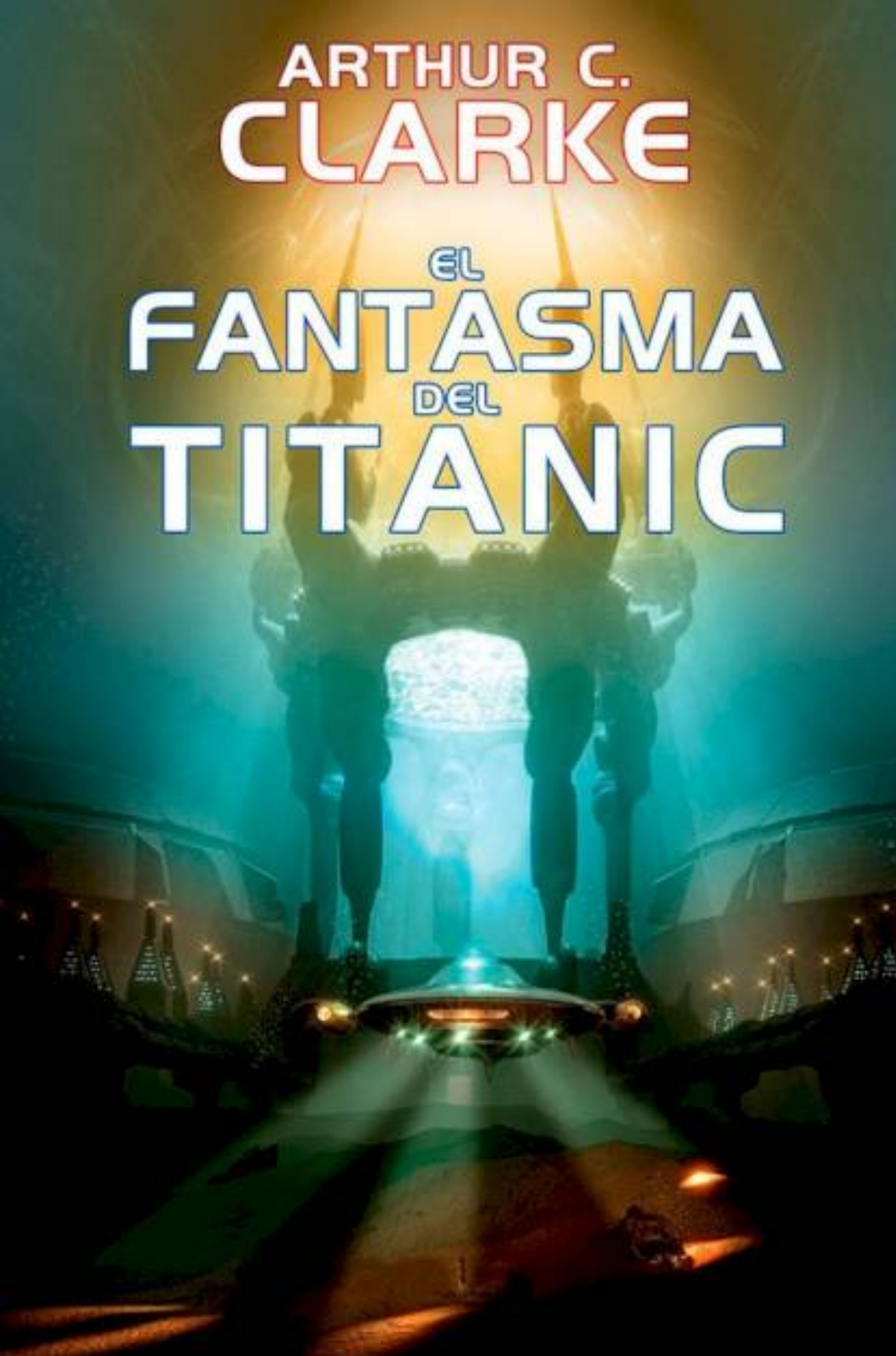


ARTHUR C.
CLARKE

EL
FANTASMA
DEL
TITANIC



Al acercarse el centenario del hundimiento del *Titanic*, varios planes se ponen en marcha para reflotar el pecio y obtener grandes beneficios del colosal espectáculo. De un lado se encuentra el proyecto de la empresa británica Parkinson, respaldado por las ideas del genial inventor Roy Emerson. Del otro, el intento de la corporación japonesa Nippon-Turner, que cuenta con el famoso ingeniero oceanográfico Jason Bradley, experto en rescates marinos.

Ambos proyectos se basan en la perdurable fascinación del *Titanic*, pero disponen de un tiempo limitado para conseguir su objetivo. Según se aproxima la fecha fatídica, deberán lidiar con todo tipo de imprevistos, pues no importa lo que prevean, el mar siempre les propondrá un desafío inesperado.

Pero la cuestión más acuciante para todos no será si se puede rescatar el *Titanic* (pues queda sobradamente demostrado que es factible), sino si debe hacerse, y qué sacrificios son aceptables para ello.

Para mi viejo amigo Bill MacQuitty,
que en su infancia presenci6 la
botadura del Titanic y, cuarenta y
cinco a~nos m6s tarde, lo hundió por
segunda vez

Preludio

1

Verano del 74

Asistir a un funeral colectivo no es el mejor modo de festejar que cumpla veintiún años, pensaba Jason Bradley; pero al menos no lo afectaba en sus emociones personales. Quizá el director de la Operación Jennifer y sus amigos de la CIA ni siquiera conocieran el nombre de los sesenta y tres marineros rusos que ahora entregaban al mar.

La ceremonia parecía irreal, y la presencia de los camarógrafos añadía otra dimensión de fantasía. Jason tenía la sensación de ser un extra en una película de Hollywood, y de que alguien gritaría «¡Acción!» en cuanto los cadáveres amortajados cayeran al agua. Hasta era posible que el mismísimo Howard Hughes estuviera en el avión que los había sobrevolado unas horas antes. Si no era el Viejo, debía ser otro directivo de la Summa Corporation; nadie más sabía lo que sucedía en aquel paraje solitario del Pacífico, mil kilómetros al noroeste de Hawai.

Ni siquiera el equipo de operaciones del *Glomar Explorer* —totalmente aislado del resto de la tripulación— había sabido nada sobre la misión hasta que estuvieron en alta mar. Era evidente que intentaban una tarea de salvamento sin precedentes, y los más avisados apostaban por un satélite de reconocimiento perdido. Nadie soñaba que rescatarían un submarino ruso sumergido a dos mil brazas, con sus ojivas nucleares, sus libros de códigos y su equipo criptográfico. Y desde luego a los tripulantes...

Jason nunca había visto la muerte hasta esa mañana. ¡Vaya cumpleaños! Quizá se había ofrecido como voluntario por curiosidad morbosa, cuando los camilleros le pidieron ayuda para trasladar los cuerpos desde el depósito. (Los planificadores de Langley habían pensado en todo; habían provisto refrigeración para exactamente cien cadáveres.) Sintió asombro —y alivio— al descubrir qué bien conservados estaban la mayoría de los cuerpos, después de seis años en el fondo del Pacífico. Los marineros que habían quedado atrapados en compartimientos herméticos, a los que no podía llegar ningún depredador, parecían estar durmiendo. Si hubiera sabido ruso, Jason habría sentido el impulso irresistible de gritarles que se despertaran.

Sin duda había a bordo alguien que sabía ruso y lo hablaba a la perfección, pues la ceremonia fúnebre se había realizado en ese idioma; sólo ahora, al final, se usaba el inglés, cuando el capellán del *Explorer* intervino con las palabras finales para la sepultura en el mar.

Hubo un largo silencio después del último «Amén», seguido por una breve orden a la guardia de honor. Y luego, mientras los marineros perdidos se deslizaban uno por uno por la borda, se oyó la música que rondaría a Jason Bradley el resto de su vida.

Era triste, pero no se parecía a ninguna música fúnebre que conociera; su ritmo lento y arrollador encerraba el poder y el misterio del mar. Jason no era un joven demasiado imaginativo, pero le parecía escuchar el retumbo de las olas que marchaban eternamente contra una costa rocosa. Sólo muchos años después supo qué bien escogida estaba esa música.

Los cadáveres llevaban lastre y cayeron al agua con los pies para adelante, con un breve chapoteo. Desaparecieron al instante; llegarían intactos a su lugar de reposo definitivo, antes de que los acechantes tiburones pudieran mutilarlos.

Jason se preguntó si sería cierto el rumor de que oportunamente la filmación de la ceremonia se enviaría a Moscú. Habría sido un gesto civilizado, aunque un poco ambiguo. Y dudaba que Seguridad lo aprobara, por muy hábil que fuera el montaje.

Mientras la dotación de marineros regresaba al mar, esa música cautivadora se esfumó en el silencio. La sensación opresiva que había rondado al *Explorer* durante tantos días pareció disiparse como un banco de niebla en el viento. El silencio se prolongó; luego se oyó un «Rompan filas» en el sistema de altavoces, no con la sequedad habitual, sino tan quedamente que los hombres alineados tardaron un rato en dispersarse.

Ahora podré celebrar mi cumpleaños como corresponde, pensó Jason. Ni soñaba que un día volvería a pisar esa cubierta, en otro mar y en otro siglo.

2

Los colores del infinito

Donald Craig odiaba esas visitas, pero sabía que continuarían mientras ambos vivieran; si no por amor (¿había existido alguna vez?), al menos por compasión y por el dolor común.

Como es difícil ver lo obvio, había tardado meses en comprender la verdadera causa de su desagrado. La clínica Torrington parecía un hotel de lujo en vez de un centro internacional de tratamiento de trastornos psicológicos. Allí nadie fallecía; nunca rodaban camillas desde las salas hasta los quirófanos; no había médicos de blanco, con su reacción pavloviana a la llamada de los buscapersonas; los asistentes ni siquiera llevaban uniforme. Aun así, era un hospital; y en un hospital, a los quince años, Donald había presenciado los estertores de su padre, que agonizaba lentamente a causa de la primera de las dos grandes pestes que habían asolado el siglo xx.

—¿Cómo se encuentra ella esta mañana, Dolores? —le preguntó a la enfermera tras presentarse en recepción.

—De excelente humor, señor Craig. Me pidió que la llevara de compras. Quiere un sombrero nuevo.

—¡De compras! ¡Es la primera vez que quiere salir!

Donald tendría que haberse alegrado, pero sintió una punzada de resentimiento. Edith nunca le hablaba; peor aún, no parecía reparar en su presencia, y miraba a través de él como si no existiera.

—¿Qué dijo el doctor Jafferjee? ¿La dejará salir de la clínica?

—Me temo que no. Pero es buena señal: vuelve a demostrar interés en el mundo que la rodea.

Un sombrero nuevo, pensó Craig. Una reacción típicamente femenina... pero no típica de Edith. Siempre se había vestido con sentido práctico, sin preocuparse por la moda, y encargaba la ropa por telecompra. No se la imaginaba en una tienda exclusiva de Mayfair, rodeada de sombreros, papel de envolver y vendedoras serviciales. Pero si eso quería, allá ella; cualquier cosa con tal de que escapara de ese laberinto matemático, literalmente infinito.

¿Dónde se encontraría ahora, en su interminable exploración? Como de costumbre, estaba encorvada en una silla giratoria, mientras una imagen se armaba en la pantalla de un metro de anchura que dominaba una pared de la habitación. Craig notó que estaba en alta resolución —las dos mil líneas— así que aun el súper ordenador tardaba en pintar un pixel cada pocos segundos. Un observador distraído habría visto una imagen fija e inconclusa; sólo una inspección atenta habría mostrado que el final de la línea de abajo avanzaba despacio por la pantalla.

—Inició esta secuencia ayer por la mañana —susurró Dolores—. Claro que no se pasó todo el tiempo sentada allí. Ahora está durmiendo bien, aun sin sedantes.

La imagen parpadeó mientras una línea de barrido se completaba y otra comenzaba a arrastrarse de izquierda a derecha por la pantalla. Ahora se proyectaba más del noventa por ciento de la imagen; la parte inferior que aún se estaba generando no aportaría demasiado.

Aunque Donald Craig había presenciado la creación de esas imágenes centenares de veces, nunca perdían su fascinación. En parte era por estar mirando algo que ningún ojo humano había visto antes, y que nadie volvería a ver si las coordenadas no se guardaban en el ordenador. Cualquier búsqueda aleatoria de una imagen perdida sería más fútil

que buscar un determinado grano de arena en todos los desiertos del mundo.

¿Y dónde estaba Edith, en su incesante exploración? Miró la pequeña pantalla que estaba bajo el monitor principal, y verificó la magnitud de los enormes números que la recorrían, un dígito implacable tras otro. Estaban agrupados en series de cinco para facilitar la tarea a los ojos humanos, aunque la mente humana no podía aprehenderlos.

Seis, siete, ocho grupos... Cuarenta dígitos en total. Eso significaba...

Hizo el cálculo mentalmente; un talento del que estaba exageradamente orgulloso, pues nadie lo cultivaba en estos tiempos. El resultado era impresionante, pero no sorprendente. A esa escala, la imagen original sería mucho mayor que la galaxia. Y el ordenador continuaría expandiéndola hasta que fuera mucho mayor que el cosmos, aunque con esa magnificación, procesar una sola imagen podía llevar años.

Donald entendía por qué Georg Cantor, el descubridor (¿o inventor?) de los números transfinitos, había terminado su vida en un sanatorio psiquiátrico. Edith había dado los primeros pasos en ese camino interminable, asistida por una maquinaria que superaba los sueños de cualquier matemático del siglo XIX. El ordenador que generaba esas imágenes realizaba billones de operaciones por segundo; en pocas horas manipularía más números de los que había manipulado toda la raza humana desde que el primer cromagnon empezó a contar guijarros en el suelo de su caverna.

Aunque las imágenes no se repetían nunca, se podían clasificar en varias categorías reconocibles. Había estrellas de varias puntas, con grados de simetría séxtuple, óctuple o superior; espirales que a veces parecían trompas de elefante, y a veces tentáculos de pulpo; amebas negras enlazadas por redes de zarcillos ondulantes; facetados ojos de insecto... Como no había el menor sentido de escala, algu-

nas figuras que se generaban en la pantalla se podrían haber interpretado como galaxias extravagantes, o la microfauna de una gota de agua sucia.

Una y otra vez, mientras el ordenador aumentaba el grado de magnificación y se sumergía cada vez más en las honduras geométricas que exploraba, la extraña forma original —con el aspecto de un difuso número ocho acostado— que contenía este caos controlado reaparecía. Luego el ciclo incesante se reiniciaba, aunque con variaciones tan sutiles que escapaban a la visión.

Donald pensó que en alguna parte de su mente Edith debía comprender que estaba atrapada en un bucle incesante. ¿Qué había pasado con el maravilloso cerebro que había concebido y diseñado el programa que en las primeras horas del 1 de enero de 2000 la había transformado brevemente en una de las mujeres más famosas del mundo?

—Edith —murmuró—, soy Donald. ¿Hay algo que pueda hacer?

La enfermera Dolores lo miraba con expresión inescrutable. Nunca era huraña, pero siempre lo saludaba con frialdad. A veces se preguntaba si ella lo culpaba por el estado de Edith.

Se había hecho esa pregunta todos los días, en los meses que habían transcurrido desde la tragedia.

3

Una ratonera mejor

Roy Emerson se consideraba, con justicia, un hombre de buen carácter, pero había una cosa que lo sacaba de quicio. Le había sucedido en lo que juraba sería su última aparición en TV, cuando el entrevistador de un programa nocturno le preguntó, con intencionada malicia:

—El principio del limpiaparabrisas de ondas es muy simple. ¿Por qué nadie lo inventó antes?

El tono del entrevistador comunicaba con claridad lo que quería decir: «Yo mismo habría pensado en ello, si no tuviera ocupaciones más importantes». Emerson resistió la tentación de replicar: «Si tuvieras la oportunidad, le harías la misma pregunta a Einstein, Edison o Newton».

—Bien, alguien tenía que ser el primero —respondió en cambio, sin inmutarse—. Un golpe de suerte, supongo.

—¿Qué le dio la idea? ¿De pronto saltó de la bañera gritando «eureka»?

Si no hubiera sido por la actitud cínica del presentador, la pregunta habría sido bastante inocua. Emerson la había oído un centenar de veces. Se puso en automático y mentalmente apretó el botón de reproducción.

—Lo que me dio la idea, aunque no me percaté en aquel momento, fue un viaje en una lancha de la Guardia Costera frente a Cayo Hueso, en 2003...

Aunque ese viaje lo había llevado a la fama y la fortuna, Emerson prefería no recordar ciertos detalles. En aquel mo-

mento le había parecido buena idea, un corto crucero de placer por el viejo coto de Hemingway, por invitación de un primo que trabajaba en la Guardia Costera. Ernest se habría asombrado del objetivo de sus actividades contra el contrabando: bloques de cristal del tamaño de una caja de cerillas, que habían viajado desde Hong Kong vía Cuba. Pero estas «microbibliotecas interactivas» de un terabyte habían dejado en la ruina a tantas editoriales de los Estados Unidos que el Congreso había desempolvado una legislación que se remontaba a los días de la Ley Seca.

Sí, sonaba muy atractivo, cuando estaba en tierra firme. Pero Emerson había olvidado (o su primo se había olvidado de decirle) que los contrabandistas preferían operar en el peor tiempo posible, salvo un huracán.

—Fue un viaje muy ajetreado, y lo único que recordé después fue el artilugio del puente que permitía al timonel ver adelante en medio de los torrentes de lluvia y espuma. Era un disco de vidrio que rotaba a alta velocidad. Sólo retenía el agua una fracción de segundo, así que siempre era transparente. En aquel momento pensé que era mucho mejor que el limpiaparabrisas de un automóvil, y luego me olvidé de ello.

—¿Por cuánto tiempo?

—Me da vergüenza decirlo. Quizá un par de años. Un día, mientras conducía bajo una lluvia torrencial en la campiña de Nueva Jersey, se me atascó el limpiaparabrisas; tuve que apartarme del camino hasta que pasó la tormenta. Quedé varado media hora; y al cabo de ese tiempo, la idea me resultaba totalmente clara.

—¿Sólo necesitó eso?

—Más cada céntimo de que pude echar mano, y dos años de días de quince horas y semanas de siete días en mi garaje. —Emerson podía haber añadido «y mi matrimonio», pero sospechaba que el presentador ya lo sabía. Era famoso por su meticulosa investigación—. Obviamente no era práctico hacer rotar el limpiaparabrisas, o una parte de él.

La respuesta tenía que estar en las vibraciones, pero, ¿de qué tipo?

»Primero intenté hacer vibrar todo el parabrisas como el cono de un altavoz. Así desviaba la lluvia, pero estaba el problema del ruido.

»Pasé al ultrasónico; se necesitaban kilovatios de potencia, y todos los perros del vecindario enloquecieron. Peor aún, un par de horas después el parabrisas era vidrio molido. Así que pasé al subsónico. Eso funcionó mejor, pero tras conducir unos minutos producía jaqueca. No se oía, pero se sentía.

»Estuve atascado durante meses, y estaba a punto de desistir de la idea cuando comprendí mi error. Yo trataba de hacer vibrar toda la maciza lámina de vidrio de seguridad multiplex, que a veces pesaba diez kilogramos. Sólo necesitaba mantener en danza una delgada capa exterior; aunque sólo tuviera unas micras de espesor, alejaría el agua de lluvia. Así que leí todo lo que pude sobre ondas de superficie, transductores, armonización de impedancias...

—¡Epa! ¿Puede explicarlo en cristiano?

—Francamente, no. Sólo puedo decir que descubrí un modo de limitar las vibraciones de baja energía a una delgadísima capa de la superficie, sin afectar a la masa principal del parabrisas. Si quiere los detalles, mencionaré las patentes básicas.

—Aceptaré su palabra, señor Emerson. Ahora, nuestro próximo invitado...

Quizá porque la entrevista se había realizado en Londres, donde las obras del trascendentalista de Nueva Inglaterra no eran lectura cotidiana, el presentador no había hecho la asociación con su famoso tocayo (ningún parentesco, que él supiera). Se atribuía falsamente a Ralph Waldo Emerson la frase: «Si un hombre construye una ratonera mejor que su vecino, aunque viva en el bosque, el mundo trazará un camino hasta su puerta». Ningún entrevistador americano se perdía la oportunidad de felicitar a Roy por inven-

tar la apócrifa ratonera mejor, y la industria automotriz había trazado un camino hasta su puerta; en pocos años, el limpiaparabrisas de onda sónica había reemplazado a casi todos los millones de dispositivos oscilatorios del mundo. Más importante aún, se habían evitado miles de accidentes al mejorar la visibilidad cuando hacía mal tiempo.

Mientras probaba el último modelo de su invento, Roy Emerson había realizado un nuevo descubrimiento. Otro golpe de suerte, pues nadie había pensado en ello.

Recorría Park Avenue en apacible silencio con su Mercedes Hydro de 2004, haciendo honor a su célebre eslogan: «¡Puedes beber del tubo de escape!». Un monzón había azotado el centro: eran las condiciones perfectas para probar el limpiaparabrisas de ondas modelo 5. Emerson estaba sentado junto al chofer —él ya no conducía, desde luego— dictando notas en voz baja mientras ajustaba los controles electrónicos.

El coche parecía deslizarse entre las paredes cubiertas por la lluvia de una garganta de cristal. Emerson había pasado por ahí cien veces, pero sólo entonces quedó paralizado por un pensamiento evidente.

Recobró el aliento y le dijo al sistema de comunicaciones:

—Ponme con Joe Wickram.

Su abogado, que tomaba sol en un yate frente a la Gran Barrera de Arrecife, se sorprendió un poco de su llamada.

—Esto te saldrá caro, Roy. Estaba a punto de pescar un marlin.

Emerson no estaba de ánimo para trivialidades.

—Escúchame Joe... ¿La patente cubre todas las aplicaciones... no sólo los parabrisas?

La crítica implícita ofendió a Joe.

—Desde luego. Por eso incluí la cláusula sobre circuitos adaptativos, que le da validez automática sobre cualquier forma y tamaño. ¿Estás pensando en una nueva línea de gafas de sol?